RELACION
EL NEGRO MAS PRODIGIOSO.

MI Padre, pues otro ignoro,
fue el Nilo, undoſa muralla,
que ſiete bombas de nieve
por ſiete bocas diſpara:
Reyno de ſiete Provincias,
monſtruoſa Hydra de plata,
que de un cuerpo cryſtalino
produce ſiete gargantas.
Al primer albor de un dia,
que amaneciò con luz clara,
à deſcubrir un prodigio,
me enſeñò ſobre la eſpalda
inconſtante de ſus olas,
que ſirviendome de velas,
y de myſterioſas cunas,
unas firmes, y otras vagas,
las unas me ſuſpendian,
y las otras me arrullaban.
Viòme el Sol en tranſportines
de nieve parecer mancha
de chriſtal, ò eſtraño eſpejo,
con impropriedad tan rara,
como ſer la Luna negra,
y ſer la moldura blanca.
Parto obſcuro de la ſombra
pareci entre obſcuras canas,
ò borron, que con eſtudio
la naturaleza varia
del tintero de la noche
echò en el papel del agua.
Aſsi me hallò Conſicurvo,
ſabio Negro, que en la playa
del Nilo, por congeturas,
prevenido me eſperaba.
Trasladòme deſde el rio
à la piadoſa morada
de ſus brazos, y deſde ellos
à la eſtancia ſolitaria
de un alvergue, que boſtezo
ſe jurò de la montaña,
funeſta boca, por donde
luto el ayre reſpiraba:
portento fue, que las ondas
de mi vida no triumpharan;
pero fue poco portento,
para los que me eſperaban,
pues en el puerto que abrigo
quiſo ſer de mis borraſcas,
ſin alimento me vieron
las alevoſas infancias
de quatro Auroras, las iras
de quatro noches tyranas,
haſta que à la quinta (como
Conſicurvo me contaba)
con roncos ſilvos diò aſſumpto
à ſu miedo, y ſu eſperanza
una eſcamada ſerpiente,
que ſacudiendo las alas,
à la boca de la gruta
diò al ſuelo la tierna carga
de dos hijuelos, y haciendo
nido de texidas ramas,
donde los dos alvergados,
con demonſtraciones manſas
ſe llegò à mi, que ya caſi
el ultimo aliento daba,
y abrigandome amoroſa,
con venenoſa ſubſtancia
reſtituyò à vigor nuevo
mi vida deſalentada.
Què mucho, que fueſſe aſſombro,
quien ſu primera crianza
debiò à un aſſombro? Y què mucho,
que horrores exercitara, quien

quien su alimento horroroso
le debiò à la desusada
piedad de un monstruo, y al jugo
de ponzoñosas entrañas?
No ya hombre racional,
Sierpe passè de la infancia,
dando en ella de mi furia
demonstraciones ingratas,
pues la primer sinrazon,
la primera leve hazaña
de mi crueldad fue dar muerte
à la que me alimentaba.
Primero en el sentimiento
de mirar despedazadas
à mis manos las reliquias
de su descendencia amada:
y despues al nudo estrecho
de mis brazos, su escamada
garganta; pues oprimida
de las cuerdas animadas
de mis nervios, aunque mas
con bramidos se enroscaba,
mas con quexas se estendia,
mas con violencias lidiaba,
no le soltó de mis brazos
hasta que à su fuerza rara
diò el postrer gemido en muestra
de mi victoria tyrana.
Lleguè à joven desde infante
con tanta soberbia, tanta
ambicion de ser yo solo
terror de aquellas comarcas,
que ageno de otro dominio,
pretendi, que me juraran
las fieras por Rey del monte,
y viendo, que se escusaban,
ò incapaces, ò soberbias
à lo que mi voz mandaba,
desde el Tygre, que de ruedas
negras su color esmalta;
desde el Leon, que primero
con la melena encrespada
barre el suelo, que le pisa;
desde el que escribe en sus hastas
con naturales guarismos
la cuenta de su edad larga,
hasta el armiño ignorante,
que por defender la blanca
pureza de su vestido,
su propria blancura mancha;
sin perdonar la sangrienta,
ni privilegiar la mansa;
triumphos de mi enojo eran
fieras humildes, y brabas,
quantas en sangre se ceban,
y quantas en yerva pastan;
pues de mi pluma seguidas,
y de mi valor postradas,
ya humildes, ò ya soberbias,
eran throno de mis plantas,
y muertas obedecian,
lo que vivas rehusaban.
Dado yo á los exercicios
crueles, mientras se daba
Consicurvo à los estudios,
de dos victorias ufanas
nos coronamos à un tiempo,
dandonos distintas causas,
à mi lo que pretendia,
y à èl lo que averiguaba;
pues guiandome à la cumbre
del monte, desde una parda
peña, que al mundo servia
de preeminente atalaya,
me mostrò confusamente
respecto de la distancia,
dos exercitos copiosos,
que uno hacia otro marchaba,
diciendome: Ya Philipo
(que assi Etiopia me llamaba)
llegò el tiempo, en que la vida
has de dexar solitaria,
con que el ocio te suspende
del aplauso, que te llama. Es-

Esclavo has de ser Philipo,
y viendo, que me assustaba,
prosiguiò: y luego has de ser
Capitan de muchas armas,
General de muchas huestes,
que asi el Cielo lo declara:
Rey, mas que Rey seràs,
y este mas no sè en què cayga,
pues el que llega à ser Rey,
no tiene que ser mas nada.
Parte (me dixo) à librar
à Etiopia, que assaltada
de los furores de Egypto,
en ti su defensa aguarda.
A Dios para siempre, y luego
vistiendose de una basta
nube, se ocultò, dexando
en las peñas las palabras.
Mucha confusion fuera esta,
si otro espiritu informara
mi valor, pues confusiones
motivan cosas estrañas;
pero fue estimulo noble,
y tan noble, que dexada
la confusion á una parte,
sin mas afecto, que hidalga
sed de aplausos generosos,
volvi à los montes la espalda,
los anuncios di al olvido,
y hallandome en la campaña
de soldado aventurero,
servi en la primer batalla,
que dió Egypto en Etiopia,
donde fueron mis hazañas
tan prodigiosas, tan muchas
las vidas de que triumphaba,
que parecia en mi brazo
fuerte el filo de mi espada
segur de animadas miesses,
ò portentosa guadaña,
que los odios de la muerte
contra los hombres vibraba.
A cantar fui la victoria,
quando volviendo la cara
à tropel de mucha gente,
y à rumor de muchas armas,
vi en el suelo al bravo Rey
de Etiopia, y sin tardanza,
porque no la requerian,
ni su riesgo, ni su rabia;
rompiendo muros de acero,
me echè sobre èl, donde Garza
pareci, que defendiendo
de los sangrientos pyratas
del ayre el tierno polluelo,
vibrando una vez la garra,
otra ensangrentando el pico,
esgrimiendo otra las alas
en defensa del hijuelo,
erizo de plumas pardas,
el cuello encrespa, y sacude,
á uno muerde, à otro amenaza;
y despidiendo por flechas
la cenicienta celada
de pluma, que le corona,
sin cuydar de sì, à la saña
del fiero Neblì se ofrece
impaciente, y desarmada.
Assi yo, de mi olvidado,
en defensa de mi patria,
y de mi Rey en defensa,
hecho viviente muralla
de su riesgo, y recibiendo
las heridas, que le daban;
del peligro le saquè
manchado de sangre tanta
agena, y propria, que todos
al vèr mi color, dudaban,
si era teñido azavache,
ò si era manchada grana.
Dexaron libre à Etiopia
los Egypcios, y borrada
la cobarde ceremonia
del tributo, que pagaba,

por

por mi brazo, que del ocio
impaciente ya se hallaba.
Viendo, que enemigas huestes
à mis crueldades faltaban,
en los pardos Abisinos
de la noche, hijos del Alva,
pues su palido color,
adulterinos los llama,
hice tan sangriento estrago,
que dexara despoblada
su Provincia, à no volver
Alexandro con su armada
à Etiopia; pues las muertes,
que hice en ellos, fueron tantas,
que si numerar quisiera
su multitud, me faltara
tiempo en los dias de un año,
y de un siglo en las semanas.
Volviò Alexandro, y matarle
fue mi intento, y le lograra,
à no librarle de mi
una deydad soberana,
que interponiendose hermosa
entre su vida, y mi saña,
la dexò por mi obediencia
de mi enojo reservada;
pero no dexò à los suyos,
pues como Càn, que la rabia
incita, en todo su campo
fue mi furia tan estraña,
que à no suspender mis iras
razon, que callar me manda,
venciera à Alexandro, pues
del Cielo prevista estaba
su victoria, mas venciera
sin que nadie le ayudara.
Su esclavo en fin, porque viesse
la advertencia comenzada
de Consicurvo, y esclavo
por una divina causa,
me viò Etiopia, y Egypto,
llorando ella su desgracia,
y cantando èl su victoria,
porque desde aqui notada,
mi vida hasta aqui sabida,
passè à vèr averiguadas
las profecias dichosas,
pues ya viò las desgraciadas:
El Negro soy prodigioso,
à quien las estrellas mandan
una Corona, y aun mas
lo que el discurso no alcanza,
el terror del mundo, el susto
del dia, el miedo del Alva,
el pasmo de los mortales,
y el esclavo que consagra
à las leyes de su dueño
las libertades del alma.
Este he sido, y este soy,
mira si es justo, que haga,
Alexandro, de mi solo
la estimacion, que declara,
pues yo solo valgo mas
que quantos tributos paga
Etiopia à Egypto, mas
que quanto las ondas guardan,
mas que quanto el Sol engendra,
mas que quanto las entrañas
de la tierra en venas cria,
mas que quanto el Cielo guarda:
Pues solo en comparacion
de mi valor, mi constancia,
mi soberbia, mi ardimiento,
yo proprio, y una esperanza,
que en padecerla se funda
la ventura de lograrla.

Con licencia: En Cordoba: En la Imprenta de Don Juan de Medina, y San-Tiago, Plazuela de las Cañas.